

cabida en el consejo de los pueblos. En llegando este día, se renovará enteramente el mundo social».

El día anunciado había llegado ya. Un siglo de filosofía, escéptica en la apariencia, pero creyente en la realidad, le había ido preparando. El escepticismo del siglo XVIII no estaba en pugna más que con las prácticas exteriores y con los misterios de la religión del Crucificado; pero adoptaba con frenesí su moral y su sentido social. Los términos estaban cambiados, pero el sentido era el mismo para unos y otros. A lo que el cristianismo llamaba revelación, la filosofía le daba el nombre de razón, y lo mismo sucedía con otras palabras; pero tanto la religión como la nueva escuela, no tendían sino á la emancipación de los individuos, de las razas y de los pueblos. La diferencia consistía únicamente en que el mundo antiguo se había rescatado en nombre de Jesucristo, y el moderno lo hacía invocando los derechos que toda criatura ha recibido de Dios. De él ó de la naturaleza hacían dimanar este derecho los cristianos y los filósofos. La filosofía política de la revolución no había podido siquiera inventar una palabra para manifestarse á la Europa, que dijese más ni que fuese de más completo sentido que la que había adoptado para sí el cristianismo: *¡Fraternidad!* La revolución francesa tenía precisión, no obstante, de atacar las formas exteriores de la religión dominante, porque esta religión estaba incrustada en las monarquías teocráticas ó aristocráticas que aquella trataba de destruir. Hé aquí explicada esa contradicción aparente del espíritu del siglo XVIII, que en política adoptaba todo lo del cristianismo, y que le correspondía con la más negra ingratitud al propio tiempo, despojándole de cuanto poseía, renegando de su culto. Entre ambas doctrinas existían á la vez una viva repulsión y una atracción violentas. Se reconocían al mismo tiempo que combatían, y aspiraban á reconocerse más completamente cuando la lucha hubiese terminado con el triunfo de la libertad.

Tres cosas eran evidentes para todos los hombres pensadores desde Abril de 1791: una que, lanzado ya el movimiento revolucionario, marcharía de consecuencia en consecuencia á la restauración completa de los derechos de la humanidad oprimida, desde los de los pueblos ante sus gobiernos hasta los del ciudadano ante las razas y los del proletario ante el ciudadano. Esto anunciaba también que la tiranía, los privilegios y la desigualdad de fortunas y categorías se verían perseguidos, no tan sólo en el trono, sino en la ley civil, en la administración, en la distribución legal de la propiedad, en las condiciones de la industria y del trabajo, en las familias, y finalmente, en todas las relaciones del hombre con el hombre y de éste con la mujer. Otra de las cosas que casi á nadie se ocultaban era que este movimiento filosófico y social de democracia tomaría sus formas en un gobierno análogo á sus principios y á su naturaleza, es decir, que aquellas serían la expresión de la soberanía popular, representada por una república, presidida por uno ó más jefes. La tercera, en fin, era la convicción en que estaban cuantos hombres discurrían de que la emancipación social y política arrastraría en pos de sí la emancipación intelectual y religiosa del espíritu humano; que la libertad de pensar, de hablar y de obrar no se detendría ante la libertad de creer; que la idea de Dios, relegada hasta entonces en el fondo de los santuarios, saldría de ellos resplandeciente para alumbrar las conciencias de los libres, iluminadas ya por otra parte con las luces de la libertad; y que esta luz, llamada reve-

lacion por los unos y razón por los otros, haría brillar más y más la verdad y la justicia, dones preciosos que emanan del mismo Dios, principio eterno de toda felicidad.

## VII

El pensamiento hace el mundo á su imagen, como Dios.

Este pensamiento había variado completamente, merced á un siglo de filosofismo, y su misión era la de transformar el mundo social.

La revolución francesa era en el mundo un espiritualismo sublime y apasionado; su ideal era universal y divino; y hé aquí la razón por que contaba tantos adeptos en lo exterior.

Con ella aparecieron en el mundo tres soberanías nacionales:

Soberanía del derecho sobre la fuerza;

Soberanía de la inteligencia sobre las preocupaciones;

Soberanía del pueblo sobre los gobiernos.

Revolución en los derechos: igualdad.

Revolución en las ideas: raciocinio sustituido á la autoridad.

Revolución en los hechos: soberanía del pueblo.

Evangelio de derechos sociales. Evangelio de deberes. Carta de la humanidad.

La Francia era el apóstol de la nueva predicación, y para este combate de ideas tenía afiliados en todas partes, hasta sobre los mismos tronos.

## VIII

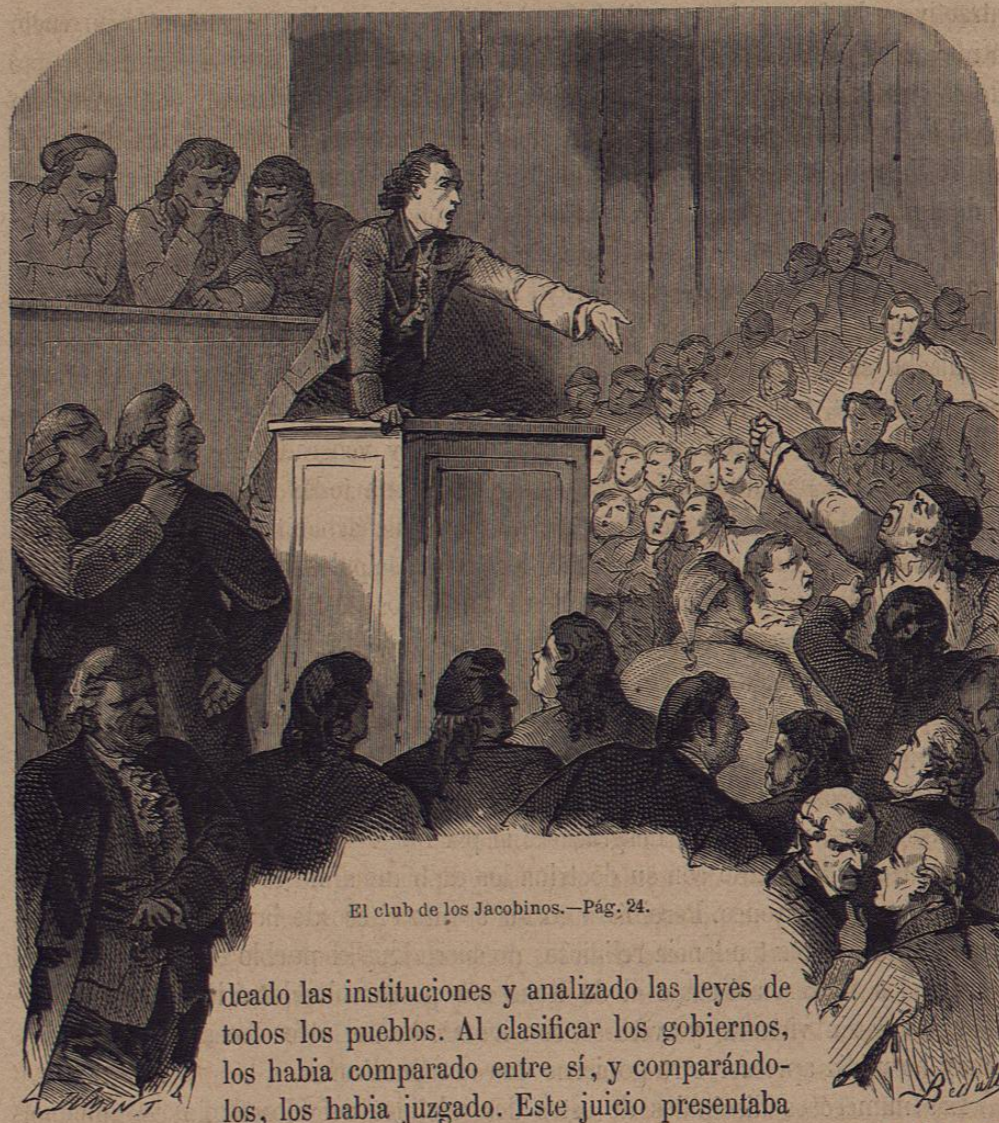
Hay ciertas épocas en la historia del género humano en que, secas las ramas del árbol de la humanidad, caen al suelo por sí mismas para hacer lugar á una savia que renueva los pueblos y rejuvenece sus ideas. La antigüedad está llena de estas transformaciones, cuyas huellas se distinguen á través de los monumentos y de la historia. Cada una de ellas arrastra en su caída un mundo antiguo y da su nombre á una nueva civilización. El Oriente, la China, Egipto, Grecia y Roma han presenciado sucesivamente estas ruinas y estos renacimientos. El Occidente ha pagado también el comun tributo cuando la teocracia druida cedió el puesto á los dioses y al gobierno de los romanos. Bizancio, Roma y el Imperio operaron estos cambios con rapidez cuando, cansados y ruborizándose del politeísmo, se levantaron contra sus dioses, renegando de su culto, de sus ideas y de sus templos. La civilización de Constantino y de Carlomagno envejecía á su vez, y debilitándose las creencias en que se habían apoyado por espacio de diez y ocho siglos los altares y los tronos, el mundo religioso, lo mismo que el mundo político, se veían amenazados de un hundimiento que raras veces deja al poder en pié cuando la fe vacila. La Europa monárquica era obra del catolicismo, y la política dependía servilmente de la Iglesia. El derecho real procedía de lo alto, y el poder del monarca era reputado divino, como la fe. La obediencia á los reyes se tenía como una obligación sagrada, y la discusión sobre estas materias se calificaba de blasfemia, por lo cual se miraba la esclavitud como una virtud. El espíritu filosófico se había sublevado, hacía tres siglos, más ó menos abiertamente contra una doctrina desmentida diariamente por los escándalos, tiranías y crímenes de ambos

poderes, y no queria reconocer un título divino en los que, negándose á la razon, esclavizaban á los pueblos. Miéntras el catolicismo habia sido la única doctrina legal de Europa, estas revoluciones sordas del espíritu no habian conmovido los Estados, y á ellas se habia seguido el castigo inmediatamente. Los calabozos, el cadalso y la Inquisicion con sus terribles hogueras, habian embotado el raciocinio, manteniendo en todo su vigor el doble dogma en que se apoyaban ambos poderes.

Vino la imprenta, y esa explosion continua del pensamiento humano fué para los pueblos otra segunda revelacion. Al principio, esta arma formidable estuvo exclusivamente al servicio de la Iglesia para la propagacion de las ideas dominantes; pero muy pronto se convirtió en una zapa que las minaba sin interrupcion. Combatidos los dogmas del poder espiritual y del temporal por estos nuevos torrentes de luz, no podian tardar en conmoverse, primero en los ánimos y más tarde en las mismas cosas. Guttenberg, sin saberlo, habia construido un mundo nuevo, y al crear la rapidez en la comunicacion de las ideas, habia asegurado el predominio de la razon; cada signo allabético que salia de sus manos era más fuerte que los ejércitos de los reyes y que los rayos del Vaticano. La inteligencia era la que daba armas á la palabra, y dueñas ya del hombre estas dos fuerzas, necesariamente habian de serlo más tarde de toda la especie humana.

El mundo intelectual habia nacido de una invencion material y habia crecido rápidamente; la reforma religiosa fué la hija primogénita de aquella invencion.

El catolicismo sufría cada día nuevos reveses. Suiza, parte de la Alemania, la Holanda, la Inglaterra y una porcion considerable de provincias francesas, se habian sustraído al centro de unidad católica y habian admitido la doctrina del libre exámen. (Atacada y disputada la autoridad divina del catolicismo, quedaban los tronos al descubierto y á merced de los pueblos.) La filosofía, más poderosa que la sedicion, se habia ido acercando cada vez más á ellos, depuesto el terror y el respeto que ántes infundía. La historia se permitió hablar sobre las debilidades ó los crímenes de los reyes, los publicistas osaron comentarlos, y los pueblos tuvieron también la osadía suficiente para sacar deducciones de todo esto. Las instituciones sociales fueron pesadas en la balanza de la utilidad real que podian reportar á la humanidad, y aún los hombres que más se inclinaban á reconocer el derecho divino en los reyes, se habian atrevido á hablarles de sus deberes, así como habian hablado á los pueblos de sus derechos. La santa osadía del cristianismo habia resonado en la cátedra del Espíritu Santo en presencia de Luis XIV, y Bossuet, á pesar de su carácter teocrático, habia mezclado á las adulaciones que prodigaba á aquel monarca ciertas advertencias severas de aquéllas que consuelan á los pueblos en medio de su abatimiento. Fenelon, aquel carácter dulce de la nueva ley, habia escrito sus instrucciones á los príncipes y su *Telemaco* en el mismo gabinete del heredero de la corona. La filosofía política del cristianismo, ese grito santo de la justicia en favor de los débiles, habia salido de los labios del varon evangélico, y sus oyentes habian sido Luis XIV y su nieto. Fenelon educaba una revolucion completa, educando al duque de Borgoña; el rey lo conoció cuando el mal no tenia ya remedio, y le despidió de su palacio. La política revolucionaria habia nacido en el mismo alcázar de los reyes, y los pueblos la leian con avidez en las páginas del santo arzobispo. Merced á Luis XIV y á Fenelon, Versalles era á la vez la cuna de la revolucion y el palacio del despotismo. Montesquieu habia son-



El club de los Jacobinos.—Pág. 24.

deado las instituciones y analizado las leyes de todos los pueblos. Al clasificar los gobiernos, los habia comparado entre sí, y comparándolos, los habia juzgado. Este juicio presentaba en cada página el contraste que existía entre el derecho y la fuerza, entre los privilegios y la igualdad, entre la libertad y la tiranía.

Juan Jacobo Rousseau, ménos ingenioso, aunque más elocuente, habia estudiado la política, no en las leyes, sino en la simple naturaleza. El levantamiento generoso del corazón de este hombre, libre en medio de la opresion y del sufrimiento, habia sublevado todos los corazones ulcerados, como el suyo, por la odiosa desigualdad de las condiciones sociales. Esta sublevacion era la de lo ideal contra la realidad, y Rousseau aparecia como el tribuno de la naturaleza, como el Graco de los filósofos. Este hombre no escribia la historia de las instituciones, explicaba tan sólo un sueño, pero este sueño descendía del cielo y volvía á remontarse al mismo sitio de donde habia salido. El sistema de Rousseau era la utopia de los gobiernos, pero contada por él, tenia un encanto á que no era posible resistir. Para que los pueblos se apasionen por una cosa, es preciso que por lo ménos haya en ella tanta ilusion como realidad; es ésta demasiado fria por sí sola para que pueda fanatizar el espíritu humano: para que éste se entusiasme un poco, necesita cosas más grandes que las que se presentan continuamente ante su vista. A esto es á lo que damos el nombre de ideal, y aquí es donde debe buscarse el

atractivo y la fuerza de las religiones, que siempre aspiran á remontar su vuelo á mayor elevacion de lo que les es realmente posible. De aquí el fanatismo, que no es otra cosa sino el delirio de la virtud. En resúmen, Rousseau representaba lo ideal de la política, así como Fenelon habia representado lo ideal del cristianismo.

A Voltaire le habia cabido en suerte el genio de la crítica, pero crítica burlona y de aquélla que destruye las cosas sólo con ponerlas en ridiculo. Su talento consistia en haber hecho reir á los hombres sin que fuesen libres de dejar de hacerlo, y abatiéndolos para luégo ensalzarlos, les habia puesto de manifiesto todos los errores, todos los crímenes y todas las iniquidades de la ignorancia. Este filósofo impulsaba al género humano á insurreccionarse contra las ideas que se tenian como sagradas, no con entusiastas ofertas de una felicidad futura, sino infundiéndole el desprecio de todo lo antiguo, por santo y venerado que fuese. Ochenta años de vida le permitieron ir arrancando una á una todas las piedras angulares del antiguo edificio, y con tiempo suficiente para luchar contra el tiempo, no cayó hasta despues de haber quedado vencedor. Sus discípulos inundaban las audiencias, las academias y los más elegantes salones; los de Rousseau ocupaban otros puestos más oscuros, y pertenecian en la generalidad á las clases más humildes del pueblo.

El primero de estos dos célebres hombres habia sido el abogado generoso y elegante de la aristocracia; el otro era el consuelo secreto y el vengador querido de la democracia. El libro de Rousseau era el libro de los oprimidos y de las almas sensibles, y su autor, desgraciado al par que religioso, habia puesto á Dios de su parte, santificando con su doctrina los espíritus al mismo tiempo que insurreccionaba los corazones. Percibíase en su acento el eco de la venganza, pero iba mezclado con cierta tendencia religiosa, de suerte que el pueblo de Voltaire podia derribar los altares, así como el de Rousseau podia volverlos á levantar. El uno podia pasar sin virtudes y avenirse con los tronos; el otro necesitaba tener un Dios y no podia apetecer otro gobierno que el republicano.

Los numerosos discípulos de estos dos adalides del filosofismo continuaban llevando á cabo su mision, y se hallaban posesionados de todos los órganos del pensamiento, desde las ciencias exactas hasta la cátedra del Espíritu Santo, porque la filosofía lo invadia todo en el siglo XVIII.

D'Alembert, Diderot, Raynal, Buffon, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Helvecio, Saint-Lambert y La Harpe eran los santos padres de la nueva iglesia. Un solo pensamiento daba vida y animacion á todos estos espíritus, tan distintos bajo otros aspectos, y este pensamiento fijo era el de la regeneracion de las ideas humanas. Las matemáticas, la historia, las ciencias, la economía, la política, la poesía, la moral y el teatro, todo servia de vehículo á la moderna filosofía. Habíase infiltrado ésta en todos los corazones, hablaba todas las lenguas, y por decirlo así, habia empadronado en sus registros á todos los hombres de algun talento. La casualidad ó la Providencia habian querido que este siglo, casi estéril en otras partes, fuese el siglo de la Francia. Desde los últimos dias del reinado de Luis XIV hasta el advenimiento al trono de Luis XVI, la naturaleza habia sido pródiga para los franceses en hombres célebres. La serie no interrumpida de talentos de primer orden de Corneille á Voltaire, de Bossuet á Rousseau, de Fenelon á Bernardino de Saint-Pierre, habia acostumbrado á los pueblos extranjeros á



LUIS XVI.

dirigir sus miradas hácia la Francia. El foco de luz de las ideas del mundo partia de aquel punto, deslumbrándolo todo con su brillo centelleante. La autoridad moral del espíritu humano no existia ya en Roma, porque el movimiento, la luz y la direccion salian de Paris, de suerte que la Europa intelectual era francesa. Habia entónces y habrá siempre en el carácter frances cierta cosa más fuerte que su poder, que es su ardor, y ese espíritu de comunicacion que se hace atraer y ser atraído por los demas pueblos de Europa. El del español es altivo y amigo de lances, el del inglés, astuto y soberbio, el del aleman, profundo y severo; pero el frances es esencialmente bullicioso y amigable, lo cual constituye su fuerza: seduce con la misma facilidad que se deja seducir, y así como las demas naciones no tienen sino un carácter, los franceses tienen dos, por la inclinacion que hay en todos ellos á acometer empresas que para los demas serian imposibles. Cuando la Providencia quiere que una idea se esparza por todo el mundo, se la inspira á un frances, y éste la transmite inmediatamente á sus escritos, y en todos los demas actos de su vida pública y áun privada.

Esta cualidad comunicativa del carácter de esta raza, esta atraccion francesa que aún no habia alterado la ambicion de conquistar, era entónces el signo precursor del siglo. No parece sino que un instinto providencial hacia que la Europa fijase la atencion y dirigiese sus miradas hácia esta parte del globo, como si el movimiento y las luces no pudiesen partir de otro punto. Paris era la ciudad en donde estaban fijas las miradas de todos, y las cosas que allí pasaban, por insignificantes que fuesen, se repetian y comentaban en todos los demas puntos de Europa. La literatura era el vehiculo de la influencia francesa, y ántes de contar con héroes, contaba la monarquía intelectual con sus escritos, sus libros y sus teatros. Conquistadora por inteligencia, la imprenta era su teatro.

IX

Los partidos en que se hallaba dividido el país despues de la muerte de Mirabeau eran: fuera de la Asamblea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados: entre estos partidos existian otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Habia ademas otro partido intermedio, que se componia de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos de que acabamos de hablar. Su fe política, indecisa entre la revolucion y la conservacion, habria querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres eran los verdaderos filósofos de la revolucion; pero la época de la filosofía habia pasado, y habia sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales jefes de todos los partidos, ántes que los veamos obrar.

Luis XVI tenia entónces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran más abultadas por la sangre alemana que habia recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenia ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente ovalada y espaciosa, la